



CAPÍTULO I.

UNA VISITA DE CONFIANZA.

A eso de las cuatro, la mujer de un comerciante rico recibía á su visita de confianza las más tardes. Era ésta una costumbre inveterada que estaba muy lejos de inspirar la menor sospecha al mas malicioso observador, y mucho menos al comerciante.

En efecto, aquella señora y su visita cotidiana hablaban siempre de cosas indiferentes; y á la sazón en que empezamos á ocu-

parnos de sus recomendables personas, están tratando amigablemente de esta materia.

Los parientes.

—¡No me hable usted de parentescos, criatura! decía el señor, porque en esa materia tengo también hecha mi composición de lugar...

—Como en todo, dijo la señora.

—Ya sabe usted criatura, que yo soy hombre de principios fijos.

—Ya lo sé: la prueba es que me dice usted «criatura» hace....

—Hará cinco años largos.

—Es cierto. Conque decía usted de los parientes....

—Que en esta materia hemos entrado ya á una confusión tal, que no nos entendemos. Es cosa que á mí me da miedo preguntar á alguna persona el parentesco que tiene con otra, pues me he llevado ya buenos chascos, ó por lo menos he puesto en aprietos á algunas personas. Mire usted, criatura, no hace muchos días, me encon-

traba yo en una casa, á la sazón que una señorita tocaba el piano.

—¿Quién es esta señorita? pregunté con reserva á un joven que estaba cerca de mí.

—También es del otro matrimonio, me contestó.

—¿De quién?

—De la señora, insistió con seguridad, juzgando que con aquel dato me había dicho lo bastante para que yo cayese en cuenta: pero lejos de eso, no hizo más que picar mi curiosidad: me volví á mi izquierda y pregunté á una señora.

—¿Quién es la joven que está tocando el piano?

—Vea usted, me contestó la señora, esta señorita se crió....—Malo, dije para mí ¿con que se crió.....

—Como el hermano es padre, no la podía tener en su casa.....—¡Ah! exclamé, entiendo menos todavía, pero es hija de....—y me detuve con objeto de que la señora acabara la frase; pero lejos de eso, la señora me preguntó.—¿De quién?—Eso es lo

que pregunto.—Pues para mí, me dijo mi historiadora, no es hija de don Pepe ni del general.—¡Hum! dije entonces, está visto que nadie ha de satisfacer completamente mis dudas.

Creí prudente suspender mis indagaciones, porque la pieza de piano había concluído; y empecé á sentir una curiosidad creciente, insoportable: recorría con la vista una á una las personas de la reunión, para elegir á quién hacer mis preguntas, cuando mi vecina de la izquierda me dijo:

—Pues figúrese usted, que ni éstas ni las otras dos chicas conocen á su papá.

—¡Oiga!

—¡Ah! no señor, si la madre es terrible....

Yo seguía en *bávia*.

A poco rato le pregunté á un amigo.

—¡Vaya! me contestó ¿ya no te acuerdas? si por fin las reclamó la madrina y... y ya lo ves, ésta es la mayor.

Cada vez comprendía yo menos.

—¿Quieres decirme quién es la señorita que ha tocado el piano? le dije á un amigo

íntimo, despues de haberlo llevado á la antesala, para exigir allí con más libertad una contestación categórica, ó al menos que estuviera á mi alcance: esperaba la solución tranquilamente, cuando mi amigo, poniéndome las manos en los hombros, se comenzó á reír de una manera estrepitosa.—No te rías, le dije al cabo de un rato, y dime quién es la que tocó el piano.

La risa de mi amigo se hizo mas estrepitosa.

—¿Pero por fin ¿quién es? le dije impacientándome.

Mi amigo se desmoreció de risa, hasta el grado de tener que salirse al corredor.

—¿Pero quién será esta señorita, dije para mí, cuya historia secreta parece que conocen todos, menos yo, y lo que es más, todos me suponen igualmente instruído en el asunto, y se ríen como ese majadero, cuando pregunto quién es?

Pregunté á otro amigo mío.

—¡Te haces! me dijo por única respuesta.

—Pues señor, dije para mí, es necesario

no seguir haciendo preguntas, porque corro el riesgo de pasar por un babieca; y que esa señorita sea hija de quien quiera.

—¿Pero por fin, averiguó usted? preguntó á su vez la mujer del comerciante.

—¡Qué había de averiguar! me quedé....

—¿Pero siquiera sabría usted cómo se llama esa señorita?

—Sí; sé que se llama Eloísa.

—¿Eloísa? ¿y esto pasaba en casa de las Hernández?

—Precisamente!

Entonces fué la mujer del comerciante la que se echó á reír.

—¡Usted también, Lola! exclamó su amigo ¿sabe usted que ya me va cargando la historia?

—¡Hombre de Dios! ¿no sabe usted quién es Eloísa?

—No, criatura, no sé quién es Eloísa; yo no conozco más Eloísa, que la señora de Abelardo; ó mejor dicho, ni á esa conozco más que de fama.

Zubieta seis dientes con un artificio tal, que autorizaba á Zubieta á decir que nacían de sus propios alveolos: las camisas del señor Zubieta eran irreprochables, y sus botas un artefacto hasta exquisito: sedosa piel, suela delgada, combinación de curvas gracias; todo lo tenían las botas del señor Zubieta, quien á sus solas y más de una vez se convenció, de que una de sus mas apreciadas prendas personales, era su pié.

De la misma manera opinaba Lola.

El señor Zubieta tenía además una respetable y limpia calva, lustrada como una consola, y color de rosa como una concha.

El señor Zubieta era hombre acomodado, vivía de sus rentas, descontaba tal cual librancita con buenas firmas, prestaba sobre alhajas, y sacaba de apuros á algún recomendado, de vez en cuando, previo el módico estipendio de doce y medio por ciento solamente.

Todos estos negocios los hacía por conducto de su dependiente y cobrador que era un hombrecillo enjuto y carilargo que se

llamaba Solares, y del cual nos ocuparemos más adelante.

Merced á las reglamentadas intermitencias de intimidad en el matrimonio de Lola, el señor Zubieta había podido establecer sus visitas cotidianas, pasando dos horas y media al lado de Lola y durante las cuales se podía oír al señor Zubieta puesto que, profundo conocedor de la crónica escandalosa de México, tenía siempre hilo pendiente y materia abundante de qué ocuparse, distrayendo los ocios de su buena amiga.

Zubieta comía en casa de don Manuel el día de Corpus, el Viernes de los dolores, la Noche buena y el día primero del año irremisiblemente; por lo demás se hacía visible para don Manuel los domingos en la noche y uno que otro jueves.

Al señor Zubieta no se le pasaba por alto ninguno de *los días* de sus amigos; tenía el calendario de santos abierto todo el año, y lo consultaba siempre antes de acostarse: era la exactitud personificada, y parecía estar muy contento de su modo de vivir: oía

su misa rezada todos los domingos y días festivos invariablemente á las nueve y media en el *altar del perdón* en Catedral; y á esta costumbre no había faltado en treinta años, más que una vez que tuvo anginas.

Éste era el señor Zubieta.

En cuanto á Lola sólo diremos por ahora que era hija de un antiguo empleado de rentas, se había casado á la edad de veintiseis años, y llevaba siete de casada y tenía tres niños.

Tales eran los dos personajes que nos hemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores, y quienes esperando impacientes la retirada de sus importunas visitas, pasaron tres cuartos de hora en charla insustancial, hasta que libres por fin, cual lo deseaban, anudaron el hilo de su interrumpida conversación.





CAPÍTULO II.

—
EN EL CUAL COMIENZA EL LECTOR Á
SABER QUIÉN ERA ELOÍSA.

EN una de las calles de San Pedro y San Pablo, vivía hace algunos años una señora, cuya misteriosa historia fué por mucho tiempo pasto de conversación y motivo de hablillas entre las vecinas de una gran casa de vecindad, cuya inquilina principal era esta señora, madre de tres niñas que no conocían á su papá.

Fresca, corpulenta y apuesta era la ma-

trona, que podía frisar muy bien en los cuarenta y pico, pero que, poseyendo una naturaleza privilegiada, se conservaba aún en todo el vigor de la hermosura.

Vestía elegantemente, y al parecer se cuidaba mucho más de su interesante persona que de sus mismas hijas, supuesto que estas tres niñas, de las cuales la mayor tendría ocho años, iba á la escuela gratuita, y ni en su fisonomía, ni en su porte, revelaban tener por mamá una de las señoras mas apuestas y elegantes del barrio.

Todo lo que rodeaba á la consabida señora era misterioso; pero como no hay misterio posible, ni capaz de seguirlo siendo, si se entrega al análisis de la curiosidad femenil, ya sobre poco más ó menos, la vecindad sabía á qué atenerse en materia de asuntos que nada le importaban.

Una de las razones mas poderosas que dicha vecindad tenía para lanzarse de lleno en el camino de las indagaciones con respecto á la vida íntima de esta señora, era el habitar la vivienda principal de la casa,

circunstancia que parecía acarrear lógicamente esta conclusión entre las vecinas.

—Luego es necesario saberlo todo, pues que á mengua hubiera tenido la vecina del 8, saber menos que la del 4, en materia de conocer á la del principal.

—Ya tomaron la vivienda, le gritó una mujer á otra de un extremo á otro del patio.

—¿Ya? ¿y qué casta de pájaro? contestó la vecina de enfrente, que ribeteaba sombreros, sentada en el dintel de la puerta de su cuarto.

—Creo que es pájara, dijo otra que cargaba un cajón lleno de basura.

—¡Ave María Purísima! vamos á tener entradero y salidero.

—¿Qué, es bonita? preguntó una.

—No lo sé, dijo la ribeteadora; mi comadrita la conoce.

—Llegaron los muebles al medio día.

—¿Ya vió? preguntó una.

—De brocatel y toda la cosa, contestó otra vecina.

—¿Y la cama?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

1914

- De bronce.
—Matrimonial?
—Pues no.
—¿Habrá niños?
—Tres chiquitas.
—¡Vaya!
—Á la oración de la noche.
—Ya acabaron dijo una.
—¿De qué?
—De mudarse.
—¿Y ella, no ha venido?
—No.
—¿Y nada de hombre?
—No, paqué.
—Ha de ser de los que entran tarde.
—Dios me dé para pagar una casa sola,
dijo la ribeteadora.
—Y á mí, dijo una que lavaba.
—No hay cosa como vivir uno en su
casa sola, crea usted doña Jesusita, que sólo
por la necesidad....
—Qué hemos de hacer los pobres.
—Esa noche llegó la nueva vecina á las
once y media.

- Al día siguiente las vecinas establecieron
su tertulia, de puerta á puerta.
—¿Cómo pasaron la noche? dijo una ve-
cina.
—Yo, desvelada.
—¿Las chinches?
—No, qué chinches, los golpes: la vecina
vino á las doce de la noche.
—Á la una, agregó la sombrerera; á mí
me espantó el sueño, como lo tengo tan
ligero.
—Y eso es por primera noche, ¿qué será
después?
—Tendrá que pagarle á la casera cuatro
reales diarios.
—¿Por qué cuatro reales?
—Eso les pagan á los guardas de noche.
—¡Cabal! que don Lázaro es guarda y
me lo ha dicho.
No tardaron en averiguar las vecinas, que,
aquella señora de la vivienda principal, se
llamaba doña Estefanía, que era de fuera
de México, que no tenía hombre, que gas-

taba mucho dinero y que de cada seis noches, dos venía tarde.

Pero todo esto era todavía muy poco para saciar la curiosidad de las vecinas, y una de ellas se propuso saber más todavía y dar cuenta á sus compañeras de lo que observara.

—Ahora sí estamos bien, les dijo un día, ya tengo amistad con la cocinera de doña Estefanía; ya tendré que contarles á ustedes.

Efectivamente, á los pocos días la noticiosa convocó á sus compañeras, para decirles que á doña Estefanía la visitaban varios señores muy decentes, porque algunos eran hasta de coche propio, y que especialmente uno era el que tenía más intimidad; pero que ninguna de las criadas había podido nunca averiguar lo que platicaba doña Estefanía con su visita privilegiada, porque siempre hablaban tan quedo que era imposible sorprenderles media palabra.

—Será su amante, observó una vecina.

—Eso es lo mismo que yo creía, contestó

la noticiosa, pero la criada me asegura que no, que ella ha observado bien, porque eso á legua se conoce, y que está segura de que los asuntos que su ama trata con ese señor no son amorosos, sinó de un género que no es fácil averiguar.

—Pues eso está muy malo, dijo una vecina, porque de no ser asuntos amorosos los que esa señora trata, de seguro deben ser de mucha más gravedad.

—Quién sabe si tenga usted razón, mi alma, exclamó la ribeteadora, porque está uno viendo más cosas, que ya no deberá sorprenderse cuando se sepa que, personas tan encopetadas como nuestras vecinas, están complicadas en negocios criminales.

La visita predilecta de doña Estefanía, era un señor que según decían unos, era coronel; otros, propietario; quienes, negociante; pero en lo que sí estaban todos contestes era en asegurar que aquel señor era una persona bien acomodada.

—Y eso sí, decía la ribeteadora de sombreros, garboso como todos los mexicanos,

¿creerá usted que cuando la casera le abre el zaguán le dá de á peso?

—¿Oiga? exclamaron varias.

—Pues es negocio de dedicarse uno á abrirle.

—Ya se vé, pero no crea usted que la casera lo permita, sobre que hasta toma café, para no dormirse.

—Ya lo creo ¡por un peso!

Este coronel ó lo que fuera, se llamaba Sotomayor, gozaba de muy buen crédito y en sus costumbres no se hacía notable por otra circunstancia, que por la de desaparecer por largas temporadas de México, sin saberse á punto fijo, á qué lugar se dirigían sus viajes, ni cuál era el objeto de aquellas expediciones.

Doña Estefanía fué por largo tiempo objeto de viva curiosidad entre las vecinas de la casa de vecindad, quienes acabaron por conformarse con no saber más que lo que hasta allí sabían.

El señor Zubieta había escuchado con suma atención el relato anterior y esperaba,

como era muy natural, que todos aquellos datos acabarían por darle más luz sobre lo que deseaba saber, quiere decir, sobre quien era Eloísa, pero por más que hacía, nada de lo que hasta allí había oído lo sacaba de sus dudas.

Lola por su parte parecía complacerse en prolongar la perplejidad de su amigo Zubieta.

—Continúe usted, dijo éste.

—¿No cae usted en cuenta?

—No, con sólo esos datos...

—¿Recuerda usted, que la casa de doña Estefanía estaba situada en la calle de San Pedro y San Pablo?

—Ya lo recuerdo.

—¿Que el coronel que la visitaba, se llamaba Sotomayor?

—También lo recuerdo.

—Que doña Estefanía tenía tres hijas?

—Tengo también frescas todas las especies, pero á pesar de eso, todavía no enlazo... murmuró el señor Zubieta, esperando llegar al desenlace.

—Importa mucho, dijo Lola con cierto

misterio, que no olvide usted nada de lo que acabo de decirle.

—No lo olvidaré.

—Por que, como tiene usted tan mala memoria, es preciso hacerle esta recomendación.

—Pero bien ¿acabará usted de decirme quién es Eloísa?

—Indudablemente acabaré, y aún hay más, se va usted á sorprender, cuando se persuada de que lo que le estoy contando á usted, ya lo sabía usted antes que yo.

Zubieta estuvo á punto de creer que Lola se burlaba de él, ó por lo menos que le estaba haciendo pagar bien cara su falta de memoria.

—Me resigno: dijo Zubieta, estoy decidido á no interrumpir á usted más, y á no hacerla más preguntas, pero no me moveré de mi asiento, sin acabar de oír esa historia que, por poco que pudiera interesarme, ha logrado usted darle un atractivo que no habían tenido hasta aquí ninguna de nuestras crónicas.

—Eso es mas largo de lo que parece, Zu-

bieta, dijo Lola con cierta coquetería, la historia de Eloísa es muy larga, y yo me he propuesto contársela á usted con todos sus pormenores, de manera que si espera usted saber hoy el desenlace, quedarán burlados sus deseos.

—Quiere decir que no llegaré á saber quién es Eloísa sino cuando...

—Sino cuando el curso natural de los acontecimientos le vaya haciendo comprender una porción de cosas, que le van á sorprender á usted agradablemente.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... ¿lo digo?

—Sí.

—¿Aunque sea para atormentarlo á usted con su propia curiosidad?

—Sí.

—Pues... por ejemplo se sorprenderá usted cuando sepa que una de las personas que tuvieron una parte mas directa en la historia de Eloísa, es usted.

—¿Yo? exclamó el señor Zubieta, poniéndose encendido á su pesar.

—Sí, usted... señor desmemoriado, usted.

—Va usted á volverme loco.

—No, sinó muy cuerdo.

—¿Con que yo tengo parte?...

—En la historia de Eloísa y de doña Estefanía.

—¡Pero criatura! exclamó Zubieta, cambiando de tono, si en mi vida he...

Lola comenzó á reírse alegremente, mientras Zubieta recorría con violencia en su memoria la historia de su vida pasada, y en vano procuraba atar, no sabemos cuántos, diversos hilos rotos á las palabras misteriosas de Lola.

Eran las siete de la noche, hora en que el marido de Lola entraba á su casa.

La sonora campanilla del reloj de la sala, anunció á nuestros dos personajes que allí debía terminar su conversación, ni más ni menos que si se tratara de cerrar un capítulo.

El marido de Lola dió las buenas noches.



CAPÍTULO III.

EL CHOCOLATE DE DON MANUEL.

EL señor Zubieta estaba altamente preocupado, sin poder comprender qué parte era la que podía tener en la historia de Eloísa, al paso que Lola parecía estar gozando con el suplicio de Zubieta.

Pero don Manuel que no estaba en autos, ni podía participar de la perplejidad de Zubieta, ni de la travesura de Lola, no pudo menos que sorprenderse al notar que algo pasaba ó había estado pasando durante su ausencia.